

Ramón M^a del Valle-Inclán, *El Ruedo Ibérico*, edición de Diego Martínez Torrón, Madrid, Cátedra, 2017.

BEATRIZ LÓPEZ PASTOR

Universidad de Córdoba

Dentro de la trayectoria literaria de Valle-Inclán, quizás el período menos conocido y menos explicado haya sido su última etapa, sobre todo lo que concierne a su obra *El Ruedo Ibérico*. Esta es una obra peculiar tanto en el contenido como en la forma. Se trata de una recopilación de retratos de la España del siglo XIX escrita con un lenguaje vanguardista. De hecho, la comprensión de la obra se hace especialmente ardua en algunos pasajes, que hay que releer varias veces para comprenderlos mejor. Esta labor es la que hace el profesor Diego Martínez Torrón en su edición de *El Ruedo Ibérico*. Ciertamente era necesaria una edición de este calado en la que se desentrañaran aspectos que hasta el momento habían permanecido poco claros.

Toda edición supone un trabajo de elección. De entre diversas variantes de un determinado texto hay que decantarse por una. Para realizar este cometido, cada editor se fundamenta en una metodología concreta. Pues bien, Martínez Torrón, dada su doble condición de filósofo y filólogo, ha sabido crearse una metodología propia. Este es uno de los aspectos que le otorgan más singularidad y originalidad a su trabajo. Así pues, parte del binomio ideología y literatura para abordar el análisis de la obra literaria. Este método ofrece una aproximación bastante completa al hecho artístico y es el que aplica a la edición de *El Ruedo Ibérico*. La ideología no se refiere tan sólo a la política, sino a todas las circunstancias –sociales, culturales, biográficas...– que rodean a una obra concreta–. Este enfoque es ciertamente mucho más amplio al que ofrecen otras metodologías centradas únicamente en la autorreferencialidad de la obra literaria.

La biografía de Valle, por tanto, se muestra indispensable para entender correctamente lo que el autor quiere expresar y es el primer punto que Martínez Torrón aborda en su prólogo a *El Ruedo ibérico*. Diversos aspectos de su vida

como su estancia en México o su larga enfermedad pueden haber influido en el lenguaje plagado de americanismos que usa en el *Tirano Banderas* o en la visión pesimista que nos ofrece Valle en las obras de su última etapa. Para estudiar la vida de Valle, Martínez Torrón utiliza varias fuentes y las contrasta entre sí. Biografías como la de Francisco Madrid, Gómez de la Serna, José Luis Rubia Barcia, entre otras, son cotejadas para ofrecer al lector un panorama completo de tan insigne escritor.

El propio profesor Diego Martínez Torrón siempre ha reivindicado en su obra creativa, tanto en verso como en prosa, la capacidad de la literatura para detener el momento y salvar algo de su esencia –un pensamiento, una emoción– antes de que desaparezca. En algunos de sus poemas de los últimos años, llega incluso a anotar a pie de página circunstancias de cuándo y cómo fueron escritos. Es discutible cuánta experiencia pueden guardar realmente las palabras, pero lo que es indiscutible es el deseo de encontrar la fórmula mágica para captar el instante que pasa. De esta forma, resulta coherente que, a la hora de analizar la obra de otro escritor, Diego Martínez Torrón entienda sus textos no sólo como pura labor artística, sino también como el deseo de un ser viviente y sensible de guardar el tiempo vivido en las páginas escritas. De ahí la importancia que, como hemos señalado, da a la explicación de las circunstancias biográficas de las novelas recogidas en *El Ruedo Ibérico*, algo que sin duda enriquece la experiencia del lector.

Dentro del análisis de la biografía de Valle-Inclán, su pensamiento político ocupa un lugar predominante en el estudio de Martínez Torrón, dato que ya ha estudiado profusamente en anteriores obras críticas como *Valle-Inclán y su leyenda. Al hilo de «El ruedo ibérico»* (Granada, Comares, 2015 (Interlingua, 142)). Para Martínez Torrón, Valle no es un conservador, sino todo lo contrario. En este punto, Martínez Torrón difiere de otros estudiosos como Manuel Alberca, que presenta a Valle más cercano a planteamientos ideológicos de derechas. Para rebatir la tesis de Manuel Alberca, Martínez Torrón aporta datos concretos, objetivos, extraídos de la obra de Valle y no se deja llevar de la crítica de la identificación o, lo que es lo mismo, proyectar sus propias ideas en las obras que analiza. La clave para conocer la ideología de Valle está en su obra: hay que leerla detenidamente. Como apunta el profesor cordobés en el prólogo a esta edición: «La única facción política a la que Valle trata con cierto respeto en su serie, sobre todo en *Baza de espadas* y en el *Trueno dorado*, es el anarquismo». En realidad, no es fácil saber cuál es la opción de Valle Inclán en muchos de los problemas políticos y sociales de su época, pero quizás sea más sencillo fijarnos en aquello que rechaza. En primer lugar, nuestro autor no es un liberal en sentido clásico. Seguramente, suscribiría esos versos de

Heine en los que calificaba a los ingleses de mercaderes nauseabundos. Su carlismo sentimental puede derivar, en cierta medida, de una reacción ante la modernidad, especialmente la que está vinculada al comercio y la primera globalización, aquella que estalla por los aires con la Primera Guerra Mundial. Pero, al mismo tiempo, su sentido de la justicia social y su compasión por las clases más desfavorecidas le llevan a rechazar el autoritarismo antiliberal de otras partes de Europa. Quizás no podamos encontrar en Valle-Inclán una ideología política coherente, pero al menos sí una coherencia personal en contra de los abusos del poder y la injusticia con los que menos tienen. En las novelas que están recogidas en este volumen, así como en *Divinas Palabras* o *Luces de Bohemia*, el retrato caricaturesco de las clases populares no se traduce en puro desprecio, como sí ocurre al hablar de la corte y la clase dirigente en general.

Otro aspecto fundamental de la edición de una obra es la fijación del texto. Aunque Martínez Torrón no ha hecho una edición crítica, ha dedicado mucho esfuerzo a la hora de elegir la versión más conveniente y que mejor se adaptara a las intenciones del autor. Esta tarea, aparentemente sencilla, no lo es tanto dado que Valle-Inclán tenía varios modelos para un mismo texto. Así pues nos encontramos con variantes en la prensa que difieren de las publicaciones en libro. Ante esta multiplicidad de fuentes, Martínez Torrón sigue un criterio bastante acertado de selección. En primer lugar se da cuenta de que las versiones en prensa son, en su mayoría, más simples y menos cuidadas estilísticamente que las que presenta en formato libro. Esto se explica porque nuestro autor gallego publicaba primero un prototipo de su obra en prensa, una especie de avanzadilla que sirviera para dar publicidad a su obra, para ofrecer posteriormente una versión mucho más cuidada en libro. En algunos casos, tuvo que cumplir plazos muy ajustados para publicar en prensa, como es el caso de *Baza de Espadas*: Martínez Torrón señala en el prólogo la existencia de una carta de Manuel Aznar, director del periódico *El Sol*, apremiando a Valle-Inclán para entregar la novela por la que había recibido como anticipo mil pesetas, cifra nada despreciable en aquella época. Por lo tanto, el texto proveniente del libro tiene mayor calidad estilística y es el preferido por el editor. En los casos en los que un pasaje significativo está presente en la fuente periodística y no en el libro, Martínez Torrón los recoge en notas a pie de página para que el lector también pueda disfrutar de ellos. También cuando hay variantes importantes y no meramente de detalle. De esta forma, al igual que ha hecho con otros autores españoles del siglo XIX como Espronceda, Martínez Torrón quiere mostrar al lector la importancia de la prensa como medio de difusión literaria. Quizás para un lector del siglo XXI pueda resultar exótica la idea de seguir largas novelas en el periódico de cada día. Sin embargo, era algo habitual en una época en la

que no sólo las largas historias por entregas constituían un entretenimiento habitual, sino que también era normal encontrar poemas patrióticos o fúnebres en las páginas de la prensa diaria. Pese a la imagen de escritor difícil que podemos tener en la actualidad de Valle-Inclán, nuestro autor tenía de esta forma un contacto constante con el público a través de medios de difusión de masas, algo que quizás nos debería hacer reflexionar sobre nuestra capacidad actual para entender y disfrutar de textos de estilo complejo.

Desde nuestro punto de vista, el apartado más interesante del prólogo de la edición es el llamado *Valle-Inclán: el lenguaje y la idea*. En los primeros párrafos, Martínez Torrón nos cuenta las dificultades que cualquier editor de Valle-Inclán tiene para comprender y anotar su inmenso caudal léxico. Aporta todo un sistema de siglas para señalar los diccionarios de los que se ha valido. Destaca cómo gran parte del léxico del autor ha sido incorporado al DRAE, quizás por la labor de Alonso Zamora Vicente, gran defensor de la obra de Valle-Inclán. Por otro lado, gran parte del léxico de germanías y, sobre todo, de los gitanismos no aparece en el diccionario de la Academia, lo cual señala el editor como una asignatura pendiente de esta institución. En todo caso, lo más destacable no es el número o la rareza de las palabras, ya que cualquier escritor sin talento y con acceso a los léxicos adecuados podría repetir la misma proeza. Martínez Torrón destaca que «en Valle el lenguaje no es un fin sino un instrumento (...) El lenguaje está al servicio de la idea y la consiguiente ideología». Aunque existe un gusto por la experimentación pura en toda la obra de Valle-Inclán, podemos apreciar en *El ruedo ibérico* cómo todos los recursos del lenguaje se ponen al mismo tiempo al servicio de la crítica feroz al poder. Quizás esta reflexión política no tenga la coherencia de un ensayo académico, pero el carácter afilado de sus frases provoca en el lector un efecto más intenso y duradero que cualquier tratado. Por otro lado, Martínez Torrón deja caer también algunas palabras sobre el nivel medio del lector actual para enfrentarse al lenguaje literario de Valle-Inclán. Afirma que «estamos perdiendo vocabulario» y que, al igual que el inglés, el español se está convirtiendo en una «lengua pragmática de intercambio económico y científico». Leemos para buscar o intercambiar información o, en el caso de la literatura, para seguir la trama de una historia interesante; pero raramente nuestro centro de interés es el lenguaje mismo, es decir, la calidad del estilo. Por eso, el editor propone la lectura de Valle-Inclán como un medio excelente de redescubrir este placer.

El apartado final del prólogo está dedicado a los signos de puntuación. Martínez Torrón siempre ha dado gran importancia a este aspecto y suele explicar con detalle sus criterios, como puede verse en su edición de las obras completas de Espronceda, en la colección Biblioteca Avrea de Cátedra. La

puntuación es un aspecto que ha ido cambiando con el tiempo. A lo largo del siglo XIX no hubo unas reglas claras, por lo que la personalidad de cada autor se refleja también en sus decisiones particulares. Básicamente, podemos decir que hay un conflicto entre reflejar un determinado ritmo de lectura en voz alta –algo muy tentador para autores de tan fino oído para la prosa como nuestro autor– y el uso de la puntuación como elemento que facilita la lógica de la frase y, por lo tanto, su comprensión. Nuestro editor prefiere respetar la peculiar puntuación de Valle-Inclán incluso en los casos en los que choca con los usos actuales. Solo altera algunos pasajes en los que se puede ver comprometido el buen entendimiento de su contenido, así como elementos demasiado chocantes como los puntos suspensivos después de signos de interrogación o exclamación.

En definitiva, se trata de una edición muy necesaria de una de las grandes obras literarias de la literatura española contemporánea. No sólo nos facilita el acercamiento a la difícil prosa de Valle-Inclán, sino que nos sugiere una forma de lectura abierta a las circunstancias históricas y biográficas, más allá del disfrute y asombro ante el estilo del autor. También nos acerca al carácter azaroso de su creación y su edición, sobre todo a través de las diferentes variantes que nos ofrece la versión en prensa. En este sentido, queremos terminar con algunas de las reflexiones que Martínez Torrón incluye al final del prólogo, donde se lamenta de que la muerte del autor «dejó inconclusa la posibilidad de conocer una de las cimas de las letras en todas las lenguas y países». Quizás ésta es la curiosa fascinación que crean las obras maestras inconclusas: el lamento por lo que se ha perdido y la tentación de recrearlo en nuestra imaginación. Quizás en el caso del editor, que durante décadas ha estado sumergido en la obra y en el tiempo de los autores españoles del siglo XIX, esta tentación de ver la obra como un mero fragmento de lo que pudo ser es especialmente fuerte. En todo caso, *El ruedo ibérico* es lo que es, independientemente de los planes del autor. Y lo que tenemos es lo suficientemente valioso como para mantenerse vivo a través de los tiempos, algo a lo que contribuye la cuidada edición que ahora se presenta.

Junto a su actividad como crítico, Diego Martínez Torrón también ha cultivado la creación literaria. En los últimos años, ha recogido su obra poética y narrativa en sendos volúmenes. *Al amor de ella. Poesía completa 1974-2014* (Sevilla, Alfar, 2016) reúne todos sus poemas, mientras que todos sus cuentos y novelas aparecen en *El signo infinito. Relatos completos 1998-2016* (Sevilla, Alfar, 2017).

